

# GRANADA Y ELLA.

## II.

¡Cuántos placeres dá el mundo!  
Fascinado yo me pierdo  
y de ayer ningun recuerdo  
viene los de hoy á turbar.  
De amores volcan profundo  
mi frente, mi pecho quema,  
cual abrasa el anatema  
que llega Dios á lanzar.

¡Cuán dulces son las caricias  
que silfas voluptuosas  
me prodigan cariñosas  
con tierno y constante amor!  
Me fascinan sus delicias  
y brotan mis ilusiones  
al latir sus corazones  
junto al mio con ardor.

Si lánguida mi cabeza  
en el pecho se reclina  
de la sílfida divina  
que me hiciera mas feliz,  
¡cuál contemplo su belleza,  
sus ojos negros, ardientes,  
de sus labios esplendentes  
el carminado matiz!

En sus rosadas mejillas,  
de fuego besos imprimo,  
tambien sus lábios oprimo  
con frenética avidez;  
y tórnanse ora amarillas,  
ora cual de nieve y grana  
sus mejillas, y liviana  
torna á ellas la palidez.

¡Cuánta en mi pecho ternura  
siempre sincera se anida!  
amor me diera la vida  
y de amor siento un volcan!  
Ven, Emilia: tu hermosura  
iris es de mis dolores;  
tus encantos seductores  
de mi dicha el talisman.

Ven, Emilia; tú comprendes  
de mi pecho la tortura,  
cuán ferviente es la dulzura  
de mi ardorosa pasión.  
Tú los misterios entiendes,  
que bajo un adusto ceño,  
guardados para mi dueño  
sella el triste corazón...

Aspire con embeleso  
de tu dulce y puro acento,  
de tu perfumado aliento  
la inefable suavidad;  
y con regalado beso  
sufoque ¡ay mis gemidos,  
apenas mal reprimidos  
en mi juvenil edad.

Llora, infeliz, no tu eternal tristeza,  
tu llanto no reprimas, ni el dolor;  
gime el destino infausto á su belleza  
que envidioso, eclipsara su fulgor.

Mi Emilia, mi embeleso, mis amores,  
encanto de mi triste juventud,

himnos por tí cantara seductores,  
por tí, Emilia, pulsara mi laud.

En los moriscos bosques de Granada  
entre sándalos, rosas y arrayan,  
mi sien de leves mirtos coronada,  
burlé del vano mundo el loco afán.

En los ricos salones del *Alhambra*  
régia mansion del árabe *Boabdil*,  
de sus damas la alegre y viva *Zambra*  
recordé, y la apostura tan gentil.

Del bravo granadino los arreos,  
gentileza y denuedo, y el amor,  
las lanzas y las cañas, los torneos,  
de moros y cristianos el valor.

Ante mí vaporosas deslizaron  
raudas quizá visiones en tropel;  
de las fingidas moras que cruzaron  
asir queriendo incauto un alquicel,

La engañosa ilusion desaparece,  
y rápida tornando á do la vi,  
cual astro misterioso desvanece  
las leves formas de divina hurí.

No sueño, no: de célica belleza,  
negros jos, y voz angelical,  
es diosa que consuela mi tristeza,  
ó á la mansion yo subo celestial.

Mas no, fuiste tú, Emilia; tu hermosura  
que viera cual radiante querubin,  
y tu mirada bella, ardiente y pura  
me abrasó cual abrasa un serafín.

Allá en los arabescos artesones  
tu dulce acento puro resonó,  
y á sus acordes argentinos sonos  
feliz mi pecho, lánguido latió.

Y mi Emilia sus cándidos amores  
desde entonces me quiso consagrar,  
del amor los encantos seductores  
en gratas horas vimos deslizar.

En bello y opulento gabinete  
santuario misterioso del amor,  
de amores el espléndido banquete  
ávido disfrutára con ardor;

De la estancia tupidas las alfombras  
y las dobladas hojas de cristal,  
en las nocturnas misteriosas sombras  
nuestro amor ocultaban celestial;

Las doradas arañas cristalinas  
que velara rosado allá un capuz,  
las formas de mi Emilia tan divinas  
me muestran vagas con opaca luz:

En marmóreo pebete ardió el aroma;  
que lujoso el Oriente nos envió  
de rosa, de claveles, cinamoma  
balsámico el ambiente perfumó.

Y reclinada lánguida mi bella  
en mullido sultánico divan,  
murmura el labio blanda una querella,  
dichas ardientes sus pupilas dan.

El leve veste cándido dibuja  
de sus mórbidas formas la esbeltez,  
y en importunos pliegues arrebujá  
su rico talle en casta languidez.